Editorial

Dice Bartolomeu Lourenço su secreto para volar:
El éter que sostiene a las estrellas en el aire
y a los astros en el firmamento son las voluntades.
José Saramago. *Memorial del Convento*

Pensar en la política es en principio una práctica a la que estamos desacostumbrados, simple y llanamente por la asociación que tenemos de ella con las latosas cuestiones que tienen que ver con la corrupción, los descreimientos y el descrédito.

De uno y otro lado, desde la sociedad civil y desde las funciones propiamente políticas que tienen el gobierno y —en una democracia— las cámaras; para unos y para otros, cada uno de ellos múltiple y variopinto, ha llegado una etapa de convulsión y cambio, de la que es testimonio claramente la elección electoral del pasado julio.

En época de crisis la sensación, y algunas veces la certeza, de que la política nos atañe, se agudiza y ve con nitidez: quiénes deciden y qué cosas, por qué lo hacen de cierta manera, cómo queremos que lo hagan. Todos, el llamado pueblo, la sociedad civil (o simplemente uno mismo, la familia, los que estamos fuera y somos casi todos), nos percatamos de la existencia de la voluntad, la propia a través del voto y su respeto para que sea tal, y la que se representa en las propuestas políticas de partidos, gobierno y organizaciones civiles; que son voluntades políticas, es decir: pretenden dirigir los rumbos de lo social, lo que se ha dado en llamar la esfera de lo público.

Uno de los grandes aciertos, y desde el principio fundamental en la teoría feminista, es la aseveración de que todo lo privado es también político. No hay nada, en efecto, que sea privado y que no tenga que ver con lo social. Las familias, su organización, su dinámica, están condicionadas por el mercado de trabajo, por el desempleo, por los valores sociales que sostienen una ideología machista, patriarcal y violenta; en fin, la familia, y todo lo que se incluye como espacio de lo privado (todo lo que pasa en la vida cotidiana de miles, millones de personas, en el ámbito de la reproducción de su vida diaria), es público y se constituye de voluntades. En ella, como en toda relación humana, está presente la relación de poder, que implica la negociación y la lucha, el esfuerzo y la propuesta.

El poder, incluso en el sentido más lato del término, como capacidad, significa imprimirle una dirección a un objeto o proceso (sea éste una persona, una organización, una sociedad). Conformar, darle forma concreta a las relaciones entre las personas en el ámbito de lo público (reproducción de los social) y de lo privado (reproducción de los individuos). El poder se dirige a un objeto deseado y tiene mecanismos para ejecutarse, mediante sistemas que pueden ser desde el electoral, partidista, gubernamental; pero también el que tiene que ver con los sistemas familiares, con los sistemas de creencias y valores de los individuos, incluso con sus sistemas psíquico y simbólico.

Por eso podemos decir que no hay poder, sino poderes, con distintos pesos, de distinta índole, que nos implica a los sujetos distintos grados de interés. Éste se despierta cuando hay un deseo, una motivación y una confianza —y esperanza— de que los esfuerzos de la voluntad (política, ética, íntima) puedan tener resultados que concuerden en alguna medida con la intensidad del deseo, lo acertivo del esfuerzo y la constancia de la voluntad.

El poder por eso es algo que atañe no sólo a la política o a lo público. Es una cuestión además esencialmente ética, lo que supone la presencia o ausencia de la conciencia (análisis, reflexión y crítica) y la voluntad (la elección, la participación, la propuesta) de las personas, hombres y mujeres concretos. Al respecto la teoría feminista ha incursionado con sugerencias filosóficas, éticas y políticas como las surgidas en la propuesta del *affidamento*, la *sororidad* y el *empoderamiento* de las mujeres como formas diferentes de relación de las mujeres y el poder.

Elegir es optar por alternativas que se distinguen entre la posibilidad generada en la realidad (los límites de lo real y lo posible), y la selectividad y jerarquización de valor que les asignamos a las alternativas diversas. Lo primero nos relaciona inmediatamente con lo que se llama política y el rejuego de fuerzas que luchan por el control de las mismas para dirigirlas; lo segundo nos traza un puente con las ideologías, las creencias, los valores sociales y la conciencia individual y de género.

¿Qué margen existe, más allá de las palabras, para que el acto de elegir sea una realidad y no una mera y fantasmagórica idea, tan socorrida en épocas electorales, pero tan ausente casi siempre en la práctica y en el discurso?

Con esta pregunta iniciamos la formación del presente numero 13 de ***GénEros***, que da inicio a nuestro quinto año de vida. Dejamos al lector la interrogante, con un abanico de reflexiones acerca de la democracia en nuestra casa, en nuestra ciudad, en nuestra cama, en nuestra fe y en nuestro país; en nuestras escuelas y en nuestra prensa. En nuestra memoria, en nuestro ser mujeres, en nuestras organizaciones, en nuestras identidades y deseos. Cada uno de los trabajos que se incluyen en este número nos proporcionan elementos que alumbran puntos de nuestra vida, que de primera instancia parecieran distantes, pero que a la postre logran un panorama de aliento e invitación a estar pendientes, creativas y responsables porque la vida, la privada y la pública, también es nuestra, de todos y de nadie más.♦